

## COLABORACIÓN ESPECIAL

Recibida: 9/6/2022  
Aceptada: 1/9/2022  
Publicada: 5/10/2022  
e202210068

e1-e12

*Pandemic, ignorance  
and avoidable suffering*

La autora declara  
que no existe ningún  
conflicto de intereses

### CORRESPONDENCIA

**Andrea Greppi**  
C/ Madrid, 124-126.  
CP 28903. Getafe (Madrid), España.  
[andrea.greppi@uc3m.es](mailto:andrea.greppi@uc3m.es)

### CITA SUGERIDA

Greppi A. Pandemia, ignorancia  
y sufrimiento evitable.  
Rev Esp Salud Pública. 2022; 96:  
5 de octubre e202210068.

# Pandemia, ignorancia y sufrimiento evitable

### AUTORA

Andrea Greppi (1) [ORCID: 0000-0002-6035-5714]

### FILIACIONES

(1) Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas, Universidad Carlos III de Madrid.  
Madrid, España.

### RESUMEN

La pandemia de la COVID-19 ha dejado lecciones relevantes que van a marcar, durante años, nuestra experiencia individual y colectiva. Son lecciones tanto prácticas como de orden moral. Pero la pandemia ha dejado también un rastro de experiencias pobremente elaboradas que conducen, con cierta premura, al silencio forzado y a la cancelación del trauma. El propósito de este trabajo fue mostrar la compleja relación que, en condiciones de incertidumbre, se establece entre conocimiento e ignorancia, tanto en la perspectiva de los expertos, como en la de los políticos e incluso de los ciudadanos corrientes, víctimas o no del virus SARS-CoV-2. Para ello se distingue entre tres diferentes niveles de análisis (de la agencia, de las instituciones y de los marcos ideológicos subyacentes) y se argumenta que los desajustes que se producen en cada uno de estos niveles, y entre ellos, son fuente de sufrimiento evitable. El propósito del trabajo fue, por tanto, sacar a flote, con los instrumentos conceptuales de la epistemología política, tanto los principales perfiles que siguen sin ser adecuadamente elaborados en esta experiencia traumática como los factores que hacen posible una mayor resiliencia, para los individuos y las sociedades, a la hora afrontar las consecuencias dramáticas de la pandemia.

**PALABRAS CLAVE //** Teoría política; Agnotología; Pandemia; Epistemología política; Experiencia del daño; Injusticia epistémica; Indeterminación y política.

### ABSTRACT

COVID-19 pandemics gave us relevant lessons that are going to leave a durable mark in our individual and collective experience. Those lessons are both practical and endowed with a moral import. But the pandemic has left a trail of experiences poorly elaborated that leads, with some urgency, to forced silence and to the cancellation of emotional trauma. The aim of this paper was to disentangle the complex relationship that arises, under conditions of uncertainty, between knowledge and ignorance, both from the perspective of experts and of policy makers, and even of the ordinary people, struck or not by the SARS-CoV-2 virus. To that end, I distinguish between three different levels of analysis (agency, institutions, and ideological frameworks) so to argue that the mismatches that occur in all of them, and between them, are sources of avoidable harm. The purpose of this exploration was, therefore, to bring to the floor, relying on the conceptual tools of the political epistemology, both the aspects of the traumatic experience that still lack an adequate elaboration and the features that provide an improved resilience for individuals and societies in tackling with the frightful consequences of the pandemic.

**KEYWORDS //** Political Theory; Agnotology; Pandemics; Political Epistemology; Experience of Harm; Epistemic injustice; Uncertainty and politics.

## EL MÁS CRUEL DE LOS MESES

LA PRIMERA MUERTE RECONOCIDA POR LA COVID-19 en Italia, y en toda Europa, se produjo en Nembro, un pujante municipio de la provincia de Bergamo, a finales de febrero de 2020. Aunque la analogía entre pandemia y guerra es más que discutible, el hecho es que en las siguientes semanas, en aquel lugar, la gente moría como en una guerra, o incluso más. La comparación es elocuente: frente a 128 vecinos caídos en los cuatro años de la Primera Guerra Mundial, y a 98 en la Segunda, solo en marzo de 2020 año el virus causó 164 víctimas. Una foto tomada a pocos kilómetros dio la vuelta al mundo. En ella se ve una larga fila de camiones militares aparcados en una avenida de periferia. La noticia está en algo que la imagen no puede mostrar: esos camiones iban cargados de ataúdes que los servicios funerarios no daban abasto a enterrar. Entre ellos, los que venían de Nembro.

Un periodista, Gigi Riva, reconstruye con nombres y apellidos la intrahistoria de aquellos días. En la tarde del 23 de febrero, en el hospital comarcal de Alzano Lombardo, el centro de referencia de la localidad, ni los pacientes ni los familiares eran conscientes de lo que les estaba sucediendo. Tenían noticia, por supuesto, de la epidemia que se había declarado en China y de los primeros casos aparecidos en la provincia de Lodi, a unos 60 km de distancia. Pero la información sonaba demasiado lejana. Se imponía la confianza, el sano sentido común. En el fondo, esta emergencia no era distinta a las demás. Parecía, si vale el oxímoron, *una emergencia normal*. Nada hacía presagiar que los acontecimientos fueran a irse de las manos. *La ignorancia sobre la difusión, las consecuencias y los remedios — escribe Riva— dejaba a la gente en un estado de desorientación que oscilaba entre la inquietud por lo desconocido y el hábito de confianza acrítica hacia un progreso científico que siempre había encontrado remedios para los peores males, alimentando el espejismo, si no de la inmortalidad, sí al menos de una vida cada vez*

*más larga* (1). ¿Cómo preocuparse, cuando no se sabe exactamente de qué? Con ese ánimo, aquella tarde los familiares se despidieron de sus enfermos hasta el día siguiente. Se fueron a casa con la cabeza puesta en las complicaciones domésticas o en cómo cambiar las reservas de un viaje a la playa que no llegaría a producirse nunca.

Por supuesto, en situaciones como estas, el punto de vista de la gente corriente no es el que más cuenta. Otras perspectivas son más relevantes e influyentes. Cuenta, y mucho, la percepción del personal sanitario, aunque su perspectiva sigue siendo parcial: un médico que tiene a un paciente a cargo no piensa como un epidemiólogo. De hecho, esa misma mañana, el director médico supo que en el hospital de Alzano se habían confirmado dos casos de infección por COVID-19 sin contacto con nada o nadie que proviniera directamente de China. Ante la ausencia de otras directrices, tomó la determinación de cerrar todos los servicios a su cargo, desalojando tanto a los enfermos como al personal sanitario. Todos se fueron a sus casas, pero llevándose el virus. ¿Fue una decisión equivocada? ¿Habría sido mejor aislar a toda persona que hubiera tenido contacto con el hospital? ¿Con qué medios hacerlo y con qué pronóstico?

Entre tanto, la vida seguía su curso. En aquellos días, de lo que más se hablaba en Nembro era del partido que el Atalanta, el equipo de fútbol local, iba a disputar en la *Champions League*. Se comprende el clamor y el orgullo provinciano. Y también que nadie impidiera a 40.000 bergamascos entusiasmados acudir al estadio. Había dudas fundadas sobre la conveniencia de suspender o no el acontecimiento, pero sólo mucho más tarde se supo que 8.000 de los 40.000 valientes regresaron a casa con síntomas y que, de ellos, unos 3.000 resultaron positivos. Me pregunto cuántas personas murieron en las casas y los lugares de trabajo. Por supuesto, todavía no había trascendido que, ya desde noviembre, e incluso antes, en la bergamasca como en otras áreas (¿Dónde?

¿Desde cuándo?) se estaba produciendo una insólita incidencia de neumonías con mal pronóstico. Un año malo para la gripe: pero, ¿era gripe corriente o algo distinto?

De nuevo, desde la distancia, es demasiado sencillo afirmar que fue un error cerrar el hospital o autorizar el partido. Lo que deberíamos preguntarnos es si, con la información disponible para cada uno de los actores, y en aquel clima, era realmente posible mantener abiertos los centros de salud o clausurar los estadios. ¿A costa de provocar un estallido de alarma social? ¿Cómo suspender el fútbol cuando todo lo demás estaba en marcha? ¿Qué hubiera pasado si el sano sentido común hubiera entrado en colisión con las severas medidas de confinamiento que estaban por llegar? Téngase en cuenta que, en Italia, no existían normativas claras que aplicar en estos casos. Más tarde se supo que el *Plan nacional de pandemias* no había sido actualizado desde 2006. Pero, ¿de quién era la culpa? ¿De los políticos negligentes o de los expertos irresponsables? ¿Y cuál es hoy la sede para dar curso a esas responsabilidades?

Considérese además, en una situación como esa, la disonancia entre la lógica de la prevención y la lógica de la gestión emocional de la opinión pública. Políticos y expertos hablan lenguajes distintos. Y, de ese modo, los márgenes para el oportunismo se amplían. Riva menciona un lamentable mensaje en redes donde el alcalde de Bergamo cuenta cómo fue a cenar a un restaurante con su mujer (un personaje televisivo de cierta fama) y en el que se exhortaba a sus conciudadanos a seguir el ejemplo. Hay que apoyar a la economía. No ceder al miedo. Tras las excusas de rigor, quien no haya dicho alguna bobada en aquellos días, que tire la primera piedra.

Bastante más interesante es indagar en cómo se distribuye la información en cada uno de los ámbitos específicos de acción, esto es, qué cosa sabe cada uno de los agentes involucrados y con qué oportunidades cuenta para

hacer uso de la información. ¿Dónde estaba la información relevante sobre el caso y sobre sus consecuencias próximas y lejanas? ¿Estaban los gobiernos centrales en mejor posición para actuar que los gobiernos locales? Y viceversa, ¿tenían las autoridades más lejanas y, supuestamente, más cualificadas, información suficiente para gestionar la situación? ¿Y cuánta información tenían los decisores intermedios? ¿De qué margen de actuación disponían? En nuestro ejemplo, sabemos que la decisión de cerrar o no cerrar hospitales puso en riesgo la vida de pacientes, familias y profesionales. Pero, ¿diríamos que es una decisión meramente técnica o una decisión que tiene implicaciones políticas, además de jurídicas? Por otra parte, ¿alguien tiene respuestas generales, que valgan para la generalidad de los casos? Cabe suponer que los epidemiólogos saben conducirse en estas situaciones. Pero, ¿hasta dónde alcanza su conocimiento cuando carecen de estimaciones fiables sobre los recursos materiales y humanos disponibles, o cuando los datos sobre la transmisión de la enfermedad son incompletos?

Al contrario, no es de recibo que el decisor político excuse su responsabilidad apelando al carácter incompleto de la información, a la imprevisión de sus predecesores y la incompetencia de los aparatos administrativos, o a la falta de colaboración de la población. Lo que le toca al político es decidir a pesar de todo, mediando entre la ignorancia propia y las instrucciones que pueda darle algún gurú de la comunicación pública. Porque, en casos como estos, la prioridad de la agenda política no está solamente en la gestión sanitaria: tan importante como gestionar la salud es manejar los estados de opinión. De hecho, no me parece exagerado decir que la primera función de las mascarillas no fue parar al virus, sino responder al pánico, visualizar la emergencia, centrar la atención, mandar un mensaje motivador (un empujoncito, un *nudge* (2)) para reforzar la solidaridad ante la desgracia, como si de un gesto apotropaico se tratara, una danza de la lluvia. Y por supuesto, tam-

bién, para evitar que la imagen de impotencia se difundiera y el público no diera en pensar que ni la ciencia ni la política, en realidad, tenían respuestas inmediatas que ofrecer ante lo que estaba sucediendo.

## APRENDIZAJES Y SUFRIMIENTO LATENTE

UN EPISODIO DE ESTAS DIMENSIONES PRODUCE aprendizajes, pero deja también una profunda sensación de desconcierto por las pérdidas, individuales y colectivas. El fracaso en la elaboración de esa huella es causa de sufrimiento. Y es interesante observar que, a veces, ni lo uno ni lo otro, esto es, ni lo que aprendemos, en positivo, ni lo que nos duele, en negativo, nos resulta inmediatamente evidente. En las experiencias más traumáticas, y ésta seguramente lo es, lo importante tiende a quedar en la sombra, multiplicando el sufrimiento. En lo que sigue, propongo interpretar el malestar que ha dejado la pandemia a partir de la incomodidad que experimentamos a la hora de medirnos con nuestra ignorancia, sabiendo, al mismo tiempo, que es necesario tomar decisiones, individual y colectivamente, tanto desde la ciencia como desde la política, en condiciones de incertidumbre. Una experiencia que se vuelve particularmente dolorosa cuando nos preguntamos si realmente hemos actuado de la forma más adecuada, si hemos hecho todo lo posible por disminuir el sufrimiento.

Dos observaciones preliminares me conducirán al esquemático elenco de cuestiones que presento en las siguientes páginas.

## AGENCIA E INCERTIDUMBRE

PRIMERA OBSERVACIÓN. EL DATO FUNDAMENTAL que a mi juicio emerge de este relato es la condición de profunda incertidumbre en la que se encontraron facultativos, pacientes, familiares y responsables políticos. Y aunque, retrospectivamente, podamos explicar muchas de las decisiones tomadas, el hecho

es que tanto ahora como entonces el conocimiento sobre este virus y, por tanto, sobre cómo organizar una respuesta óptima con los medios materiales y las energías disponibles, es incompleto. Este reconocimiento es decisivo para entender la experiencia de lo que nos ha pasado y de cómo ha llegado a pasar lo que ha pasado.

Obsérvese que el reconocimiento de la incompletitud del conocimiento no es ni tan frecuente ni tan pacífico como debiera. Y no lo es porque desafía un sobrentendido especialmente resistente: la confianza en la capacidad de planificación de una política científicamente orientada, una confianza que suele ser ciega y que bloquea la búsqueda de pautas razonables de respuesta para las situaciones de incertidumbre verdadera, cuando los riesgos se vuelven incalculables. Eso es lo que sucedió, precisamente, en el caso que nos ocupa, cuando nadie se atrevía a pronosticar seriamente la velocidad de difusión del virus, sus mutaciones, el tiempo necesario para desarrollar las vacunas o el nivel de inmunidad necesario para que llegaran a ser efectivas, o cómo reaccionarían las variantes en climas cálidos o en los meses de verano, así como el impacto que tendría el *shock* pandémico sobre inversiones y hábitos de consumo. A pequeña escala, en Nembro, nadie sabía cuántos sanitarios y pacientes se habrían contagiado y habrían muerto si el hospital de Alzano hubiese permanecido abierto, o qué habría sucedido si las Administraciones hubieran intervenido desde el primer momento con medidas a escala nacional o regional, y así sucesivamente. Negarse a aceptar que estas cuestiones no tienen respuesta precisa en el tiempo y en el lugar en que se desarrolla la acción, cuando nos enfrentamos a la necesidad de decidir, es índice de analfabetismo político y científico.

La indeterminación de los marcos de acción está cargada de connotaciones éticas y políticas. Concretamente, plantea un desafío explícito a la mentalidad del elitismo tecnocrático,

tan común en nuestros días. Se entiende que saber y poder, en condiciones ordinarias, se encuentran estrechamente conectados, pues el poder (cualquier poder) necesita de recursos epistémicos fiables para reclamar legitimidad. Viceversa, se comprende que quien dispone de conocimiento cualificado tiene en sus manos una herramienta decisiva para hacerse con el poder, tanto político como económico o ideológico. Pero cuando la incertidumbre condiciona el marco de decisión, el saber solo alcanza a proporcionar una legitimidad incompleta, defectuosa. Lo razonable, en esa circunstancia, es recurrir a procedimientos de decisión independientes de la verdad, que puedan sostenerse incluso a pesar del déficit epistémico en que opera el sistema político.

La sucesión de medidas de política sanitaria que hemos conocido en estos años muestra que, cuando los expertos no saben con precisión qué es lo que va a suceder, o cuando aparecen desacuerdos significativos, o cuando no se conocen las consecuencias a largo plazo de las opciones disponibles, las instancias de producción y administración del conocimiento científico no pueden más que retroceder y dejar espacio a un ejercicio de deliberación pública en el que el parecer de los expertos vale tanto como el de los legos (3). Aparece entonces un componente en la determinación de la voluntad colectiva que solo puede justificarse en términos procedimentales y que debe quedar abierto, en la medida en que ello sea factible, al escrutinio de los afectados.

## OSCURANTISMO FRENTE A HIPERRACIONALISMO



SEGUNDA OBSERVACIÓN. EL FALLIDO reconocimiento del marco de profunda incertidumbre que caracteriza la respuesta a la pandemia es causa de sufrimiento evitable. Viceversa, un sereno reconocimiento de lo que ignoramos pone en evidencia el valor de los recursos (psicológicos y materiales, morales e institucionales) desde los que elabora-

mos la experiencia y nos permiten lidiar con ella con el menor sufrimiento (4).

Si, en este momento, camino ya hacia la normalización de nuestra convivencia con la COVID-19, parece urgente detenerse en esta reflexión es porque la opinión pública ha encontrado serias dificultades para hacerse cargo de lo que estaba en juego. Encerrada en un espejismo que bien puede ser calificado como *solucionista* (5) (recuérdese con cuánta ligereza se especulaba en los medios con una aplicación móvil que habría hecho realidad el rastreo universal de los contagios) hemos vivido bajo una espesa capa de paternalismo en el que, sistemáticamente, se ha estado ocultando o distorsionando la desigual exposición al sufrimiento de personas y grupos sociales. Se ha dado por supuesto que mantener en la más alta consideración pública el aprecio por la ciencia y el esfuerzo de las autoridades sanitarias era esencial para asegurar el seguimiento de las medidas restrictivas de las libertades, así como para evitar estallidos generalizados de rabia. Lo que no se ha dicho es que ese consenso forzado estaba construido sobre premisas poco transparentes, que eludían el reconocimiento de ciertos costes y efectos perversos.

La opinión pública quedó atrapada entre dos extremos igualmente perversos: en un bando, el negacionismo oscurantista (el virus viene de China, las vacunas no funcionan o producen esterilidad, la enfermedad se cura con desinfectante, etc.); en el contrario, la versión pandémica de lo que Jon Elster en su día calificaba como *hiperracionalismo*, esto es, esa forma específica de irracionalidad que proviene del fracaso en reconocer los fracasos de la razón (6). De un lado y de otro se produjo un ataque sin cuartel contra el razonable principio de limitación del conocimiento, un axioma elemental para cualquier persona familiarizada con la práctica de la investigación científica. Porque, aunque a algunos les parezca mentira, hay muchas cosas que los epidemiólogos y los técnicos saben, pero hay otras

Pandemia, ignorancia y sufrimiento evitable.

ANDREA GREPPI

Rev Esp Salud Pública  
Volumen 96  
5/10/2022  
e202210068

que, de momento, ignoran y sobre las que, sin embargo, es necesario intervenir sin demora.

En las próximas páginas mostraré algunas consecuencias prácticas de estos desajustes. Un sencillo marco analítico me permitirá identificar las principales aristas de lo que aquí está en juego. En un trabajo anterior, con Rosana Triviño, he diferenciado tres niveles (micro, meso y macro) en las dinámicas sociales de la ignorancia y el conocimiento, que pueden asociarse, en circunstancias específicas, a distintas formas de injusticia epistémica (7). En las reflexiones que aparecen a continuación, y que se sitúan en la perspectiva de la epistemología política (8), el objetivo no es distinguir para clasificar, por mero prurito académico, sino mostrar la maraña de conexiones ideológicamente sesgadas que se cruzan en el conocimiento del daño sufrido.

## IGNORANCIA Y COOPERACIÓN

EL PRIMER NIVEL DE ANÁLISIS SE REFIERE a la experiencia del sujeto expuesto a la incertidumbre: su capacidad de acción racional (su agencia) queda inevitablemente comprometida por la dificultad, tanto para el manejo de la información, como para dar cuenta de sus acciones. Tanto quienes han sufrido en primera persona la pandemia como quienes se han librado de ella (pacientes y familiares, facultativos y funcionarios o políticos), todos nosotros hemos podido darnos cuenta de esto: la estadística desbarataba sistemáticamente nuestros cálculos y transformaba, al menos provisionalmente, nuestra percepción de las cosas.

Desde esta perspectiva, y tomando como referencia las clásicas consideraciones acerca de la ignorancia racional y de los usos deliberados de la ignorancia, no es difícil explicar la generalizada renuncia a cuestionar la retórica de cómo los pueblos y sus gobernantes dedicaban sus mejores energías a combatir el enemigo microscópico. Simétricamente, tampoco lo es que en particulares nichos informativos

se aceptaran, con la misma actitud acrítica, delirantes relatos alternativos. Y cuanto más delirantes, mejor: para los conspiradores que incrementaban sus audiencias; para los defensores de posiciones mainstream porque demostraba la ignorancia de los adversarios, etc. En circunstancias extraordinarias, dejarse manipular (no oponer resistencia al uso estratégico de la información) puede merecer la pena.

De hecho, como ya he adelantado, la lucha contra la pandemia se estaba librando en dos campos de batalla diferentes, el sanitario y el de las percepciones públicas, pues tan urgente como controlar el virus era manejar la comunicación. Se necesitaba equilibrar el impulso proactivo que suscita la alarma, con la tendencia paralizante que habría producido la difusión de pronósticos funestos. Y lo interesante al respecto es observar cómo durante semanas, e incluso meses, el secreto mejor guardado, pero que en realidad estaba a la vista de todos, a poco que se apartara la cortina de humo, es que nadie sabía (ni expertos, ni responsables políticos) cómo iba a terminar la historia y, sobre todo, quién iba a pagar el precio. Por eso, lo último que se podía decir en voz alta es que nadie sabía lo que habríamos querido saber, porque todos, también los que estaban al mando, en el fondo, eran ignorantes.

Una segunda línea de análisis es menos controvertida, pero quizá más rica en implicaciones. En efecto, no es habitual observar que, en determinadas circunstancias, la ignorancia no constituye solamente un obstáculo, sino también, al revés, un recurso para la agencia. El reconocimiento del carácter falible de la autoridad epistémica (la disposición a tomar distancia frente a las irrazonables promesas del hiperracionalismo) juega un papel clave tanto para identificar la común exposición al riesgo como para empujarnos a obrar en consecuencia. En un estado de ignorancia, como en el miedo, cooperar es una opción razonable. Pero sólo lo es a condición de que el sujeto pueda tener acceso a una serie de bienes (*bienes relacionales*, como reconoci-

miento, atención, comprensión, amistad, solidaridad, confianza y autoconfianza (9)) que no le van a proteger de la infección, pero que van a ser determinantes en el trance de afrontar el sufrimiento. Al contrario, quienes no dispongan de esos bienes carecerán del suelo necesario para sobrellevar las pérdidas, para asumir el confinamiento, para ver cómo se esfuman las oportunidades, etc.

En este sentido, nada ha sido más odioso en este periodo que los discursos que ensalzaban retóricamente la entrega y el coraje de los servidores públicos y privados, luchando, *todos a una*, contra el enemigo público. Ocultaban el hecho de que no todos estamos expuestos por igual al sufrimiento, porque no todos tenemos los recursos psicológicos, pero también morales y políticos, necesarios para hacerle frente. Y, en consecuencia, no todos tenemos las mismas perspectivas para afrontar el día después. Es esta una forma particularmente odiosa de injusticia (epistémica), que nada tiene que ver con el hecho de que unos sean más ignorantes que otros, sino que consiste en el no querer saber y, en el límite, en el no querer hacer saber por qué caminos, y en qué circunstancias, las personas en condiciones de necesidad intentan elaborar el sufrimiento (10): los ancianos atemorizados, los trabajadores precarios, los inmigrantes irregulares sin acceso a las vacunas, las personas solas confinadas, los jóvenes psicológicamente vulnerables, etc. Se alardea (¡pero es falso!) de que todos estamos en el mismo barco, como si todas las experiencias de sufrimiento pesaran igual, como si todas pudieran ser medidas por el mismo rasero, como si todos los duelos dejaran la misma cicatriz. La fingida solidaridad interclasista esconde además el hecho de que, en nuestras sociedades, la labor del cuidado no está repartida de manera equitativa, sino que recae sobre personas cuyo estatus (¡y cuyo sueldo!) ocupa los lugares más bajos de la escala social. Todas estas consideraciones, no hace falta subrayarlo, son ajenas al marco discursivo de una gestión puramente tecnológica de la pandemia.

## IGNORANCIA Y DESCAPITALIZACIÓN DE LOS ENTORNOS INSTITUCIONALES

EL SEGUNDO NIVEL DE ANÁLISIS SE refiere al plano de las instituciones. No me interesa detenerme aquí en el hecho de que algunos (o muchos) políticos o facultativos puedan estar desinformados, o sean tan ignorantes como los ciudadanos de a pie. Quiero poner el foco en aquellas situaciones en las que es el sistema institucional en su conjunto produce o contribuye a producir ignorancia y, con ella, sufrimiento evitable. Esto puede deberse a que el diseño o la actuación del sistema produce un efecto deseducador, como por ejemplo cuando se trata a los ciudadanos como menores de edad; pero puede deberse también, y entonces el análisis se complica, a que el sistema está favoreciendo la aparición de un entorno comunicativo en el que la elaboración de experiencias traumáticas tiende a resultar fallida.

Volviendo a nuestro caso, dejemos al margen la discusión sobre si las autoridades sanitarias (instituciones internacionales, gobiernos y administraciones, de un lado; empresas farmacéuticas o aseguradoras sanitarias, de otro) acertaron a encontrar el balance más adecuado entre salud de los ciudadanos, respeto a la privacidad y demandas de la economía; o si hicieron todo lo que estaba en sus manos por distribuir equitativamente entre ricos y pobres los costes de la pandemia. Preguntémonos, en cambio, si tenemos instituciones que, además de producir conocimiento, se cuidaron de poner a expertos y legos en las mejores condiciones para administrar lo que saben y lo que ignoran, acerca del virus o de su entorno, y situándolos en las mejores condiciones para elaborar el daño y, de ese modo, gestionarlo, sobrellevarlo, mitigarlo.

La dificultad que las grandes mayorías sociales han tenido en estos meses y años a la hora de adoptar una actitud reflexiva ante la incertidumbre y sus efectos, y para expresar

Pandemia, ignorancia y sufrimiento evitable.  
ANDREA GREPPI

Rev Esp Salud Pública  
Volumen 96  
5/10/2022  
e202210068

◀ el sufrimiento que eso estaba produciendo, es patente. Ante el *shock* pandémico, los gobiernos y los medios de comunicación centraron sus esfuerzos en mantener el orden público y en anticipar la emergencia hospitalaria, en el afán por llegar tan pronto como fuera posible al día en que los muertos por COVID-19 dejaran de ser noticia y la economía levantara cabeza. Sólo así se explica, por ejemplo, que la gigantesca cesión de recursos públicos a compañías farmacéuticas privadas para el desarrollo de vacunas no haya producido la menor resistencia en la opinión pública. Pero también que los medios internacionales no hayan dejado de celebrar ni por un instante las inestimables virtudes de la competencia entre investigadores a sueldo de empresas privadas, pasando de refilón sobre la pérdida de soberanía y transparencia que esta operación implicaba. ¿Estamos seguros de que una respuesta pública habría sido necesariamente más lenta e ineficaz? ¿Por qué? ¿Llegó a contemplarse seriamente la alternativa?

A este propósito, intentemos imaginar si un distinto esquema de distribución del saber y el no saber (una epistemología política diferente) no hubiera mejorado el balance de los costes y los beneficios sociales. No olvidemos de dónde venimos. Hay múltiples indicios de que el modelo burocrático de derivación de la autoridad epistémica entre políticos y expertos (el modelo convencional, de *weberiana* memoria, donde los políticos marcan los objetivos y los técnicos buscan los medios más eficientes) ha quedado desbordado por los niveles de incertidumbre que se dan en sociedades complejas y tecnológicamente desarrolladas (11). La pandemia no ha hecho más que multiplicar esta dificultad: los mecanismos habituales de división del trabajo epistémico entre lo público y lo privado no han estado a la altura de las demandas sociales. Nadie pone en duda que la solución privatizadora alcanzó en un tiempo relativamente breve el resultado deseado (definámoslo, apresuradamente, como el logro de la inmunidad colectiva) pero, si lo hizo, fue a costa de sacrificar

por completo el objetivo más ambicioso de acortar la brecha entre el saber de los expertos, que aparece como incuestionable y que, por ende, queda siempre expuesto al riesgo de volverse disfuncional, y la ignorancia de los legos, como si nada relativo a la elaboración pública de las razones de la pandemia fuera de su incumbencia (12). Se pensó que la vacuna caería del cielo, desde una esfera celestial habitada por un puñado de héroes dotados de conocimientos y capacidades extraordinarias.

Frente a eso, cabe imaginar que la presencia de recursos institucionales formales e informales distribuidos capilarmente, capaces de penetrar en los meandros periféricos del sistema social, habría permitido articular una respuesta más sensible a la urgencia de las demandas, una respuesta que atendiera al conocimiento difuso (no sobre la fabricación de vacunas: ¡esto sería ridículo!, sino) sobre las prioridades de la población, o sobre las posibilidades de aprovechamiento en el largo plazo de la inversión realizada, en aras a alcanzar estándares más altos de salud pública. La hipótesis, en definitiva, es que una epistemología política menos rudimentaria habría introducido elementos reflexivos en la experiencia de la pandemia y que esto último, en el largo plazo, habría ayudado a elaborar de manera más adecuada el sufrimiento.

Podemos ser más explícitos sobre esta sugerencia y sobre el tipo de daños que habrían podido evitarse. Y es que, con la pandemia, han salido a la luz una serie de efectos tangibles del proceso de descapitalización que han experimentado los sistemas de atención sanitaria pública, incluso en países que, en otras épocas, habían apostado preferentemente por ella. La prevención de la emergencia sanitaria requiere inversiones de largo plazo (en infraestructuras, en formación de personal, en educación a la población, etc.) que el sector privado no va a asumir nunca, por la sencilla razón de que, para cualquier empresa, no son rentables. La trampa está en aceptar sumisamente la comparación sesgada entre las prestaciones



que ofrece el sistema público y las que ofrece el sistema privado. El primero está obligado, por su propia naturaleza, a asumirlas todas; el segundo, se limita a escoger aquellas que, conforme a criterios de mercado, maximizan los beneficios. Por eso, el primero parece siempre peor que el segundo.

Sobre este trasfondo, esto es, a la vista del entramado de ignorancia, irresponsabilidad y manipulación que rodea este argumento, la epistemología política que ha legitimado las políticas descapitalizadoras de lo público ha mostrado su verdadero rostro. Y en un giro que sólo se explica por el interés de negar la evidencia, se ha refugiado en un atajo argumental que bien podría calificarse como populismo sanitario o, más propiamente, como populismo epistémico. Tecnocracia y populismo militan siempre en el mismo bando. En lugar de aprovechar los recursos sociales de la ignorancia, esos que producen resiliencia, estas soluciones se limitan a explotarla cínicamente, dando cancha a liderazgos milagrosos que, envueltos en palabrería pseudocientífica, o en retórica tecnocrática, apuestan por polarizar la (des)esperanza.

Pero, una vez más, ¿hay alternativas? ¿Cabe imaginar una política sanitaria no infantilizadora, que no sucumba a la tentación de surfear las olas de la emoción incontrolable, cuando la necesidad aprieta y aparece el pánico? ¿Cabe imaginar una sociedad dispuesta a escuchar de boca de sus representantes que no hay soluciones mágicas? Mirando un poco más allá, ¿con qué instrumentos (y con qué ánimo) esperamos la próxima pandemia? ¿Cabe una epistemología política menos torpe, más sensible a la experiencia del sufrimiento?

Sin afán de transformar la anécdota en categoría, considérese el caso de la espontánea formación de redes de apoyo mutuo entre ciudadanos que buscaron salida a los males de la pandemia en espacios en los que las dificultades de los más vulnerables (los

enfermos, los mayores, las personas solas) se cruzaron con la disponibilidad de tiempo y la demanda de afecto de quienes estaban mejor situados, aunque igualmente expuestos. Llegó a estipularse así, tácitamente, el nuevo contrato social de los ciudadanos que han aprendido a vivir bajo condiciones de emergencia o, más modestamente, una cláusula adicional para enmendar el claudicante contrato social de los tiempos normales. Este es el caso ejemplar de varios grupos de vecinos que, en algunos barrios de Madrid, unieron sus esfuerzos para recoger y distribuir por las casas medicinas y alimentos. O es también el caso de aquellos anónimos ciudadanos que se asomaban a sus ventanas para compartir música en directo con sus vecinos y, de ese modo, producir resiliencia, mostrar presencia. No eran acciones decorativas, o puramente simbólicas. Eran gestos que afloraban allí donde la impotencia de las agencias públicas se hacía patente.

Ante la ausencia de cauces que dieran sentido a la experiencia del desvalimiento, estas redes informales de apoyo tomaron esas calles y plazas que estaban desocupadas, sustituyeron el tráfico confinado, creando ocasiones de interacción (sin contravenir las prescripciones inmunitarias) en las que afloraban demandas candentes y reservas desconocidas de solidaridad. Estas redes (más o menos duraderas, o incluso absolutamente efímeras: esto es indiferente para lo que aquí se quiere mostrar) se convirtieron en herramientas eficaces de intervención social, pero también en espacios singulares de representación política. Eran arenas en las que lo invisible de la pandemia se hacía visible, donde se materializaba el conocimiento difuso sobre maneras de hacer y de relacionarse que normalmente permanecen ocultas, o son conscientemente reprimidas, pero que permiten establecer una diferencia significativa (moral y políticamente cargada) respecto de los discursos tecnocráticos corrientes sobre lo que hay saber y lo que hay que hacer para el buen gobierno de nuestras sociedades.



Las redes de apoyo mutuo que aparecieron en la pandemia son la prueba de que, desde la sociedad civil, por más desintegrada que se encuentre en tiempos de capitalismo salvaje, es posible hacer cosas que las instituciones no saben hacer por sí mismas; y que el conocimiento disperso y, en gran parte, experimental que circula por ellas muestra su valor cuando las instituciones políticas y científicas carecen de diagnósticos adecuados (de nuevo, una forma de ignorancia) sobre aquello que alivia el daño e impide su cancelación traumática. Por ejemplo, en Bergamo, la mañana en la que se materializó una impresionante fila de camiones cargados de ataúdes; o en las residencias de mayores de la Comunidad de Madrid, donde los ancianos morían encerrados en sus cuartos, en total desamparo, separados de sus familias, sin posibilidad de derivación a una red hospitalaria desbordada, porque el sistema privatizado de residencias no había contemplado la posibilidad de que se diera una situación semejante.

## IGNORANCIA Y REFLEXIVIDAD

EL TERCER NIVEL DE ANÁLISIS SE REFIERE a las estructuras sociales que determinaron la respuesta a la pandemia y, en último término, condicionaron la distribución de sus costes. Un cuestionamiento de tales estructuras nos llevaría a discutir (ahora ya en el terreno puramente filosófico) las modalidades de producción del conocimiento que legitiman las decisiones políticas en tiempos normales y que, en casos como el que aquí nos ocupa, cayeron en bancarota. Estructuras ideológicas que dejaron un rastro de sufrimiento evitable.

Atendiendo a las consideraciones que hemos ido viendo en los niveles anteriores, la experiencia de estos años muestra la conveniencia de dejar atrás la respuesta que aquí he llamado *tecnocrática* a la experiencia del sufrimiento individual y colectivo, aquella que, en la estela platónica, confía el gobierno de la emergencia al saber de esos pocos ciudadanos virtuosos que saben lo que hay que

hacer en todo momento y que establece una conexión inmediata entre conocimiento cierto y autoridad legítima. La alternativa es admitir que, en condiciones de incertidumbre, necesitamos estrategias (reflexivas) para convivir con la ignorancia y para gestionar las responsabilidades que de ella se derivan. El progreso de la ciencia y el volumen de información acumulada ha enturbiado ya, de forma irreversible, la ilusión de un destino enteramente programable, en el que sea posible anticipar en su totalidad las consecuencias que se desprenden de cada una de nuestras decisiones. La negativa a reconocer este límite produce falsas expectativas y es fuente de un malestar profundo. Una vez más, es causa de desorientación y sufrimiento.

Paradójicamente, cuanto más amplio es el horizonte del conocimiento disponible, más difícil resulta tomar decisiones. Por supuesto, en el ámbito de la investigación científica, como en el de la argumentación moral, la orientación a la verdad sigue siendo el criterio fundamental de corrección. Nadie discutiría eso. Pero cuando se trata de tomar decisiones en las que se producen interferencias no controlables entre distintos ámbitos de acción (como ha sucedido, sin duda, en el caso de la pandemia) la apelación al conocimiento, a las mejores razones, está lejos de ser un criterio consistente de justificación, simplemente porque no disponemos de balanzas para evaluar en tiempo real el peso relativo de los datos y las razones. En nuestro ejemplo, cerrar o no un hospital, imponer o no imponer el uso de mascarillas, confinar a la población entera son decisiones que arrastran un componente de incertidumbre prácticamente insuperable y sobre las que no es razonable proyectar la exigencia de consenso universal.

## SACAR A LA LUZ EL SUFRIMIENTO INNECESARIO

PORQUE CONSIDERO QUE LA FRONTERA entre el conocimiento políticamente relevante y la ignorancia es mucho más porosa de

lo que se tiende a pensar habitualmente, he querido mostrar en estas páginas cómo a un lado y otro de esa frontera se producen situaciones de sufrimiento que difícilmente consiguen hacerse explícitas. Y, por eso, duelen más. Como sugerí más arriba, ello no implica, ni de lejos, abrirle las puertas al oscurantismo y la pseudociencia. Confundir las distintas formas de ignorancia y sus efectos es, literalmente, un gesto impresentable. Pero la actitud contraria, la de quien se permite el lujo de menospreciar el valor de las formas de resiliencia que surgen en condiciones de incertidumbre, no lo es menos. La realidad es que conocimiento e ignorancia, cuando nos acercamos al escurridizo campo de las decisiones políticas, con sus constricciones y sus márgenes de indeterminación, no son términos contrarios, ni mutuamente excluyentes. Deteniéndome en esos tres niveles de análisis que he querido identificar (micro, meso y macro) he intentado mostrar cómo el conocimiento y la ignorancia se cruzan en la experiencia cotidiana y también cómo se distancian en situaciones extremas. Cuando esto último sucede, las experiencias de incompreensión, desvalimiento y, en última instancia, de sufrimiento innecesario resultan intolerables. 📍

## BIBLIOGRAFÍA



1. Riva G. *Il più crudele dei mesi*. Storia di 188 vite. Milano: Mondadori; 2022:17.
2. Ortega Lozano R, Monasterio Astobiza A, Rodríguez-Arias D. *La ética de los nudges sanitarios: una discusión sobre su aceptabilidad en salud pública*. Rev Esp Salud Pública. 2022; 96: 5 de octubre e202210062. Cf. Thaler RH, Sunstein CR. *Nudge: Improving Decisions about Health, Wealth, and Happiness*. New Haven: Yale UP; 2008.
3. Aristóteles, *Retórica*, 1359.
4. Proctor R, Shiebinger L (eds). *Agnotology. The Making and Unmaking of Ignorance*. Stanford: Stanford UP; 2008. Groos M, McGoey L (eds). *Routledge International Handbook of Ignorance Studies*. London & New York: Routledge; 2015.
5. Morozov E. *To Save Everything, Click Here. The Folly of Technological Solutionism*. New York: PublicAffairs; 2013.
6. Elster J. *Solomonic Judgements. Studies in the Limitations of Rationality*. Cambridge: Cambridge UP; 1989: 17.
7. Greppi A, Triviño Caballero R. *Injusticia epistémica e ignorancia institucional*. Las Torres de Lucca: revista internacional de filosofía política (2021) 19:15-28; en referencia a Fricker M. *Epistemic Injustice*. Oxford: Oxford UP; 2009.
8. Broncano F. *Conocimiento expropiado. Epistemología política en una democracia radical*. Barcelona: Akal; 2020.
9. Gheaus A. *Personal Relationship Goods*. En: *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Edward N. Zalta (ed.). Disponible en: <https://plato.stanford.edu/archives/fall2018/entries/personal-relationship-goods/>
10. Medina J. *The Epistemology of Resistance: Gender and Racial Oppression, Epistemic Injustice, and the Social Imagination*. Oxford: Oxford UP; 2012.



◀  
11. Greppi A. *Practical authority and epistemic authority: comity, expertise and public understanding*. *Jurisprudence* (2020) 11:437-455.

12. Anderson E. *Democracy, Public Policy, and Lay Assessments of Scientific Testimony*. *Episteme* (2011) 2:144-164.